La Experiencia Literaria

NÚM. 4-5, MARZO DE 1996

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La experiencia literaria

Directora
Eugenia Revueltas

Secretario de redacción
Arturo Souto A.

Consejo editorial
Arturo Souto, Manuel de Ezcurdia, Jorge López Páez
Marcela Palma, Eugenia Revueltas

Ayudante de redacción
Blanca de Lizaur

DR © 1996, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Impreso y hecho en México
ISSN 1405-1036

Sumario

Presentación 5

Polémica
El futuro de nuestra lengua ante el Tratado de Libre Comercio (Juan M. Lope Blanch, Raúl Ávila, Cecilia Rojas, Jorge Adame Goddard, Alicia Correa y Paco Ignacio Taibo I), *Blanca de Lizaur* 9

Ensayo monográfico: Las letras cubanas
Los atisbos cervantinos en Alejo Carpentier, *Nilda Blanco Padilla* 27
Réquiem por Yarini, ¿una tragedia griega cubana?, *Elina Miranda Cancela* 41
José Martí y el campo de las letras, *Liliana Weinberg de Magis* 59
El Acoso y la ciudad de las columnas, *Luz Merino Acosta y Pilar Fernández Prieto* 67
La muerte de una erudición provincial, el drama de José Lezama Lima, *Luis Bernal* 75
Hombre nuevo y viejos hombres en la Revolución cubana, *Enrique Camacho Navarro* 81

Ensayo vario
José Ángel Valente: poeta de la inminencia, *Julian Palley* 95
Martín Luis Guzmán se exilia en el Hudson, *Federico Patán* 107
Una afición lingüística de Jorge Luis Borges, *Ignacio Díaz Ruiz* 115
Interculturalidad y deconstrucción de un texto ritual: el *Rabinal Achí* y su reescritura dramática contemporánea en *Los enemigos*, *Armando Partida Tayzan* 121

Creación
Por lo que toca a una mujer (fragmento), *Sergio Fernández* 131

Investigación
Poetas en guerra, *Arturo Souto Alabarce* 159
Seminario de traducción latina, *Carolina Ponce Hernández (coordinadora), Berenice García Lozano, Refugio Pérez Paredes, Elami Ortiz Hernán y Daniel Mir (traductores)* 179

Reseña

Dicen que me case yo, de Silvia Molina, *Alfonso Roque Chávez* 189
Memento vivere: El paseo y otros acontecimientos,
de Federico Patán, *Claudia Lucotti* 195

Índice de autores 199

Martín Luis Guzmán se exilia en el Hudson

Federico Patán

"Todos los tiempos revueltos han producido en literatura obras fuertes".[1] Son palabras dichas por Enrique Díez-Canedo. Pertenecen a un breve artículo: "Dos novelas mexicanas", que el autor dedica a Mariano Azuela y a Martín Luis Guzmán. Las ponemos como umbral de nuestro texto porque se unen, de modo natural, a una cierta idea que asoma en no pocos críticos literarios: el inicio de la novela verdaderamente mexicana se da con la Revolución. Lo antes hecho, nada escaso en volumen, son prolegómenos para llegar a esa primera madurez. Hay en el ayer, ¿quién lo duda?, obras importantes, iluminadoras del proceso por el cual fuimos alcanzando la esencia real del mexicano hoy existente, pero no un cuerpo narrativo capaz de integrar, como un todo, dicha esencia. Parecerían etapas hacia esa consecución, que no se da sino hasta la Revolución, "cuando en los escritores se desarrolla una conciencia social; su visión del mundo no puede ser la misma que la de los realistas del siglo XIX. Si estéticamente hay ligas con esa corriente —y en verdad es la que mejor podía adaptarse para dar cuenta del fenómeno—, ideológicamente hay una ruptura. A reserva de abundar sobre esto, afirmamos ahora la positiva presencia de un cambio..."[2]

Idea acaso discutible, tiene la ventaja de levantar polémica y de ponernos ante una noción sustentada por Martín Luis Guzmán. Porque en *A orillas del Hudson*, tras hablar de la inexistencia de "una literatura propiamente nacional", afirma: "De aquí el grave problema para los mexicanos que se empeñan en hacer obra nacional, y que además de nacional sea literaria —en el buen sentido del término—, sin otra materia que la substancia mexicana misma: equivale a crear de un golpe la tradición".[3]

[1] Enrique Díez-Canedo, *Letras de América*. México, FCE, 1983, p. 324. (Serie Lengua y Estudios Literarios)

[2] Juan Coronado, *Fabuladores de dos mundos*. México, UNAM, Difusión Cultural, 1984, p. 81. (Textos de Humanidades 38)

[3] Martín Luis Guzmán, *La querella de México* y *A orillas del Hudson*. México: SEP/Cámara Nacional de la Industria Editorial, 1984, p. 83.

Años después, en 1926 por capítulos en *El Universal*, y en 1928, como libro en Madrid, aparece *El águila y la serpiente*, primera contribución de Martín Luis Guzmán al proceso que lleva hacia el establecimiento de dicha tradición. A partir de allí agregará otros títulos, hasta dejar en pie una obra personal destacadísima por la precisión y eficacia de la prosa, por el enfoque en mucho testimonial dado del movimiento revolucionario y por el buen ritmo narrativo de los textos. Ahora bien, esta obra tiene dos etapas primerizas. Llámase una *La querella de México*, aparecida en Madrid el año 1915, y *A orillas del Hudson* la otra, de 1920 y publicada en México por la editorial Botas. El libro último incluye, en cuatro apartados, una muestra del trabajo periodístico realizado por Guzmán entre 1916 y 1918, durante su destierro en Nueva York. Son textos de índole variada, escritos para dos publicaciones: la *Revista Universal* y *El Gráfico*. El propio Guzmán explica que da título al libro el lugar donde pasó su exilio.

A orillas del Hudson es un libro que debe interesarnos. Y debe interesarnos por motivos diversos, que a continuación enumeramos. Sea el primero la descripción del mismo hecha por el autor en la entrevista concedida a Emmanuel Carballo en 1958, cuando dice: "*A orillas del Hudson* es la obra de un mandarín de las letras. En casi todas las páginas priva la doctrina del arte por el arte".[4] Agreguemos una segunda causa: la necesidad de examinar el trabajo periodístico de Guzmán. ¿Una tercera? Encontrar en los textos ideas luego desarrolladas por el autor en el resto de su obra. Y no carece de interés un cuarto punto: entrar en la personalidad del escritor cuando todavía no ha dado lo mejor de sí. Sorprenderlo por tanto en su etapa formativa y ver qué propone. Finalmente, deducir la medida en la cual la suma de todos estos aspectos nos encamina al primer texto de ficción: *El águila y la serpiente* (1928).

A los trece años Martín Luis Guzmán publicaba una hojita quincenal llamada *La juventud*. Ocurría esto en Veracruz, donde el autor vivió parte de su infancia. Vemos, pues, que la relación de Guzmán con el periodismo se inicia pronto y jamás termina. Basta enumerar algunos puestos que el novelista fue ocupando: en 1913, director del periódico maderista *El Honor Nacional*; lo hecho en Nueva York de 1916 a 1918; ser jefe de editorialistas en *El Heraldo de México* en 1919; dirigir *El Sol* y *La Voz* en Madrid, durante sus años de estancia allí; encargarse en 1940 de la revista *Romance*; fundar *Tiempo* en 1942. Como se ve, en Guzmán es definitivo el gusto por el periodismo.

A causa de esto, resulta iluminador asomarse, en *A orillas del Hudson*, al

[4] Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*. México, El Ermitaño/SEP, 1986, p. 83. (Segunda Serie de Lecturas Mexicanas, 48)

artículo llamado "De las revistas". Se hace en él examen de los puntos rescatables y de los negativos que se encuentran en lo que Guzmán llama "revistas generales". Predominan los aspectos criticables: la abundancia de textos inservibles, la imposición de criterios por los anunciantes, la busca de lo material sobre lo espiritual. Se diría una radiografía de tanta publicación innecesaria que hoy padecemos. A la vez, por vía de contraste, la descripción permite comprender el porqué de la línea impuesta por Guzmán a *Tiempo*, un hebdomadario ante todo político, pero que nunca descuidó los aspectos de la cultura, dirigido desde la posición conservadora que Guzmán terminó por aceptar. En la revista se cuidaba mucho la buena calidad de los textos incluidos, como si, justamente, se intentara eliminar lo prescindible. Y había un riguroso trabajo con la revisión de estilo, por años puesta en manos de Emilio Criado Romero, un exiliado español.

Mas recordemos que el periodismo tiene otro ángulo, de mayor importancia: el formativo. En la puesta de la pluma a las tareas variadas que el oficio exige, Guzmán aprende con rapidez la necesidad de ser claro y parco en el estilo, condiciones que llevará con provecho a su narrativa. Aunque en su recopilación periodística Guzmán caiga ocasionalmente en párrafos ampulosos, como algunos de los dedicados a Madero, suele privar un modo de escritura muy podado de adornos y en varios sentidos similar al que habrá de imponerse en las novelas. Recuérdese, en *El águila y la serpiente*, la andanada dirigida contra la retórica pastosa, llena de lugares comunes, de Obregón.

En "Diego Rivera y la filosofía del cubismo" aparece ya la capacidad de entregar un retrato dando las rasgos imprescindibles, esenciales, capacidad fácil de ver luego en la ficción. Comprobamos entonces cuánta razón asiste a Guzmán cuando afirma "me siento más a gusto penetrando a fondo en la psicología, en el carácter, en la personalidad y en los actos de hombres que realmente han existido o que, anónimos, al crearlos no como arquetipos sino como individuos pudieran existir".[5] Hay en esto una confesión de apego a la realidad compartida, hecha por quien tan a menudo la manejó en el ejercicio diario de la prensa. Quizás por ello los personajes de Guzmán adquieren relieve como parte de los acontecimientos, siendo en cierta manera menos protagonistas-muy-individualizados que elementos-del-tejido-social; o, dicho de otra manera, Guzmán los crea en volumen hasta donde la circunstancia política del texto lo requiere, con la salvedad notoria de Villa en las *Memorias*. Volvamos aquí a Díez-Canedo, quien halla en Guzmán "el despojo de todo escenario, el empeño en evitar

[5] *Ibid.*, p. 117.

desarrollos inútiles, embellecimiento de frase: cuanto, en una palabra, suele llamarse 'literatura' ".[6]

En efecto, Guzmán evita la literatura en el sentido de atención primaria al preciosismo. En *A orillas del Hudson* hay asomos de que pudo caer en esto, pues en "Poema de invierno" e "Indígena rubio" aparecen tonos a la Oscar Wilde que complacen poco, sobre todo dado el Guzmán que vino después. Esta compilación periodística señala, entonces, un autor en lucha por encontrarse como escritor, un lento caminar hacia la posterior sobriedad de estilo, hacia el triunfo final y afortunado de quien abandona ciertas proclividades retóricas y elimina el intimismo porque, según confesó a Carballo, su deber era interpretar al país y no describirse como persona, negación explícita de la literatura clavada hacia el interior del personaje y, por tanto, aceptación asimismo explícita de una literatura cerebral o, dicho en palabras de Carballo, "el desquite de la inteligencia en un país en el que triunfan los sentimientos".[7]

Lo anterior explicaría que Guzmán busque y encuentre la novela política, creada a partir de un material obtenido de primera mano, de la experiencia de participación en el movimiento revolucionario. La Revolución aparece en la obra de Guzmán en dos de sus etapas: la lucha misma primero y más tarde sus consecuencias, dándose un examen detallado del presidencialismo en *La sombra del caudillo* (1929), que se torna en crítica de uno de nuestros males políticos endémicos. A fuerza de caminar por el desencanto, Guzmán desemboca en el pesimismo, del cual se tienen asomos en los escritos de *La querella de México* (1915), en el libro motivo de este ensayo y sobre todo en *El águila y la serpiente*. Desencanto que es un rasgo nada ajeno a la narrativa de la Revolución en su conjunto. Aquí pudiéramos relacionar el silencio último de Guzmán como novelista con la aceptación, por el individuo público, de un sistema presidencialista cuya crítica había hecho en la narrativa. Esto lo captó muy bien Carballo al afirmar que en Guzmán la literatura "nace y florece en la adversidad y deja de tener sentido cuando el infortunio muda de signo y la convierte en la versión oficial de la historia".[8]

El Guzmán de *A orillas del Hudson* es un periodista hondamente comprometido con la situación política de México. La explora en varios artículos y lo hace con percepción muy clara del lugar en que él se sitúa. Se lo ve al tanto de la circunstancia internacional y sale al paso de quien tergiverse la realidad social vivida en el país. Hay en el libro una serie de reseñas

[6] Enrique Díez-Canedo, *op. cit.*, p. 322.
[7] Emmanuel Carballo, *op. cit.*, p. 95.
[8] *Ibid.*, p. 119.

muy sustanciosas, unas de obras políticas y otras de literarias. Aparte de manifestarnos el modo en que Guzmán trabajaba este género, las dedicadas a libros políticos revelan un hombre puesto al día en su información y feroz en sus ataques a, digamos, Bulnes y Calero, tan nostálgicos de un pasado ya imposible; un Guzmán enterado de lo que significa la proximidad geográfica de los Estados Unidos a México; un Guzmán que a la visión turística de la señora O'Shaughnessy opone la visión inteligente de la señora Calderón; un Guzmán que en la conversión religiosa de varios escritores —Wells, Doyle— ve el resultado de la decepción causada por la primera Guerra Mundial, adelantándose así a explicaciones dadas más tarde por la crítica literaria. Un Guzmán inquieto, ansioso de lecturas y experiencias, dispuesto a vigorizar su pluma en labores tan variadas como fuera preciso cumplir.

Esta vigorización derivó en lo que llamaremos el decálogo Guzmán del buen escritor, cuyo primer mandamiento pide interesarse en todos los asuntos. Quien da el consejo lo ha cumplido cabalmente, pues *A orillas del Hudson* hace ver que el autor gustaba de leer novelas del momento, ir a conciertos, al cine, al teatro, a exposiciones. Y de todo ello hablaba en sus colaboraciones periodísticas. Trabaja este material un ensayista a la antigua usanza, a quien cualquier tema servía para darnos una prosa de buena calidad y consideraciones rara vez carentes de interés. Un catálogo parcial de lo abordado por Guzmán incluye la vejez, la naturaleza de la verdad, la muerte, la ciudad. Vemos en tales piezas al observador minucioso del entorno, que del observar y en el observar concreta una visión del mundo, luego trasvasada a las narraciones. Habla, por ejemplo, de una novelita llamada *Cristina*, escrita en 1917 por Alice Cholmondely (autora puesta ya al margen de toda memoria literaria) e informa que la encuentra "rápida, fácil, bien hecha, bien escrita"[9] y la despide como meramente interesante. Esta *Cristina* es la antítesis de lo buscado por Guzmán y así, en juego de espejos, sabemos lo que éste procuraba conseguir en su narrativa.

Retomemos algunos puntos, surgidos en *A orillas del Hudson* y aplicados en *El águila y la serpiente*: preferir la novela social y política a la psicológica; el retrato hecho por un narrador externo (en este caso homodiegético) mejor que la exploración minuciosa del interior de los personajes; no la lengua mandarinesca explotada a fines del siglo XIX —en Oscar Wilde, en el Modernismo—, sino aquella otra inclinada a las descripciones impresionistas, basadas en un mínimo de elementos y abundante en términos que llamaremos intelectuales, con relegación de lo coloquial a los diálogos; estructura en episodios sueltos, unidos por la presencia del

[9] Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 94.

narrador, episodios con antecedentes claros en la tarea periodística de Guzmán.

Entremos aquí en el problema del arte por el arte, ya que Guzmán mismo lo plantea, con rechazo final de tal tendencia literaria. Un primer punto destacable: nada se logra con la improvisación, ni en política, ni en cultura y, desde luego, tampoco en la escritura. Guzmán subraya constantemente que el grupo el Ateneo trajo a la literatura una seriedad de propósito que parecía haberle faltado. Abomina del genio esporádico y recomienda el esfuerzo cotidiano, pues la tarea diaria permite acumular rendimientos. Menciona al escritor inglés H. G. Wells (1866-1946) como ejemplo de poca atención al estilo y, con base en esto, procura alejarse de las tentaciones de la pluma fácil. Aquí un aspecto relacionado con lo anterior: "La repugnancia de la obra de arte a trasmitir su virtud por medios que no sean rigurosamente los del arte mismo"[10] y "la actividad de pensar y la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero".[11] Expresadas en épocas distintas, 1920 y 1958, ambas ideas convergen y señalan una preocupación singular: darle al pensamiento la forma que le corresponde cuando se transforma en literatura, pues sólo de esa manera perdurará. ¿Es de calificar esto como arte por el arte? Difícilmente. Es lo primordial en toda actividad artística. Sobre todo porque Guzmán, al tener plena conciencia de lo que escribir significa, aprovecha oficio y arte para ofrecernos una narrativa comprometida en profundidad con lo social y lo político, limpiándola de toda contaminación meramente esteticista.

En *A orillas del Hudson* Guzmán todavía está definiendo su postura de creador. Aún así, el grueso del libro señala que el autor propendía ya al estilo distintivo de sus años posteriores y poco a poco purificaba de adornos su prosa. En parte por ello *A orillas del Hudson* prueba que el ensayo periodístico puede alcanzar vida más allá de los límites que supuestamente le impone su naturaleza de noticia o comentario para el momento. Es, además, un claro puente hacia el texto que enseguida viene: *El águila y la serpiente*. Guzmán es terminante respecto a esta última: la considera novela. Otra opinión tiene cierta crítica, ya que Anderson Imbert la califica de "racimo de relatos", John S. Brushwood más reportaje literario que novela y González Peña habla de un "libro de memorias en el que [Guzmán] narra sus propias aventuras y andanzas, pero que se antoja novela por el corte estético que el autor da a los más variados inciden-

[10] *Ibid.*, p. 84.
[11] Emmanuel Carballo, *op. cit.*, p. 80.

tes".[12] Hay un asomo de razón en todos los críticos mencionados. Si pasamos a *La sombra del caudillo*, vemos que *El águila y la serpiente* es obra de transición hacia un modo de novelar mucho más fácil de reconocer como tal. Si la examinamos, es obra de clara estructuración como novela, aunque construida sobre la base del episodio suelto, amarrado a un desarrollo cronológico lineal y a un protagonista que le dan unidad. Tal vez haya ocurrido, explicación tentativa, que Guzmán, al venir del periodismo, hizo de la suma de piezas breves la solución a un problema narrativo que se le había presentado. Pensemos, además, que *Las aventuras de Huck Finn* ha elegido como estructura el engarce de episodios. Así pues, Guzmán tiene antecedentes valiosos, aunque pudiera no conocerlos.

Alfonso Reyes menciona en varias ocasiones a Guzmán. Una en "Pasado inmediato", de 1939, donde habla de él como autor "cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros",[13] señalándose aquí indirectamente la naturaleza híbrida de lo escrito por Guzmán, y con subrayado de la importancia que como historia tienen los textos. Más claro es *El deslinde*, de 1944, pues se menciona allí la novela "indiferente"; es decir, aquella perteneciente a "una ficción de lo realmente sucedido", situada en "la zona indecisa" donde hay mezcla de "los medios históricos con los recursos de lo imaginado o lo literariamente interpretado",[14] con nombramiento explícito de *El águila y la serpiente*. Por tanto, parece obligada la conclusión de que el texto de Guzmán mezcla memorias, crónica e historia en un marco definible como narrativo.

Es lo que atrae de ella. Sin duda en virtud de tal Max Aub la considera "el fresco más importante de toda la narrativa revolucionaria".[15] Fresco significa, desde luego, un amplio panorama histórico de la época, en el cual los protagonistas no adquieren relieve especial, pues están supeditados al acontecer de los hechos políticos. Pensamos que *La querella de México* y *A orillas del Hudson* fueron etapas preparatorias, de ensayo, en las cuales Guzmán fue probando diversos instrumentos literarios, para ir eligiendo aquellos más propios al tipo de narración que tenía en mente, útiles en ordenar el caos de las imágenes. Encontrado su sistema de expre-

[12] Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*. México, Porrúa, 1977, p. 261. (Sepan cuantos..., 44)

[13] Alfonso Reyes, "Pasado inmediato", en *Obras completas*, tomo XII. México, FCE, 1960, p. 213. (Serie Letras Mexicanas)

[14] Alfonso Reyes, "El Deslinde", en *Obras completas*, tomo XV. México, FCE, 1963, *passim*. (Serie Letras Mexicanas)

[15] Max Aub, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*. México, SEP/FCE, 1985, p. 42. (Lecturas Mexicanas 97)

sión narrativa, con *El águila y la serpiente* ayuda a impulsar la etapa de la novela mexicana moderna y a conseguir esa esencia verdaderamente nacional que veía ausente en el pasado y que, para él, cuaja a partir del movimiento revolucionario.